

### 1. La cogida y la muerte

A las cinco de la tarde.  
Eran las cinco en punto de la tarde.  
Un niño trajo la blanca sábana  
*a las cinco de la tarde.*  
Una espuerta de cal ya prevenida  
*a las cinco de la tarde.*  
Lo demás era muerte y solo muerte  
*a las cinco de la tarde.*

El viento se llevó los algodones  
*a las cinco de la tarde.*  
Y el óxido sembró cristal y níquel  
*a las cinco de la tarde.*  
Ya luchan la paloma y el leopardo  
*a las cinco de la tarde.*  
Y un muslo con un asta desolada  
*a las cinco de la tarde.*  
Comenzaron los sonos del bordón  
*a las cinco de la tarde.*  
Las campanas de arsénico y el humo  
*a las cinco de la tarde.*  
En las esquinas grupos de silencio  
*a las cinco de la tarde.*  
¡Y el toro solo corazón arriba!  
*a las cinco de la tarde.*

Cuando el sudor de nieve fue llegando  
*a las cinco de la tarde,*  
cuando la plaza se cubrió de yodo  
*a las cinco de la tarde,*  
la muerte puso huevos en la herida  
*a las cinco de la tarde.*  
A las cinco de la tarde.  
A las cinco en punto de la tarde.

Un ataúd con ruedas es la cama  
*a las cinco de la tarde.*  
Huesos y flautas suenan en su oído  
*a las cinco de la tarde.*  
El toro ya mugía por su frente  
*a las cinco de la tarde.*  
El cuarto se irisaba de agonía  
*a las cinco de la tarde.*  
A lo lejos ya viene la gangrena  
*a las cinco de la tarde.*  
Trompa de lirio por las verdes ingles  
*a las cinco de la tarde.*  
Las heridas quemaban como soles  
*a las cinco de la tarde,*  
y el gentío rompía las ventanas  
*a las cinco de la tarde.*  
A las cinco de la tarde.  
¡Ay qué terribles cinco de la tarde!  
¡Eran las cinco en todos los relojes!  
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

## 2. La sangre derramada

¡Que no quiero verla!

Dile a la luna que venga, que no quiero  
ver la sangre de Ignacio sobre la arena.

¡Que no quiero verla!

La luna de par en par.  
Caballo de nubes quietas,  
y la plaza gris del sueño  
con sauces en las barreras.

¡Que no quiero verla!  
Que mi recuerdo se quema.  
¡Avisad a los jazmines  
con su blancura pequeña!

¡Que no quiero verla!

La vaca del viejo mundo  
pasaba su triste lengua  
sobre un hocico de sangres  
derramadas en la arena,  
y los toros de Guisando,  
casi muerte y casi piedra,  
mugieron como dos siglos  
hartos de pisar la tierra.  
No.

¡Que no quiero verla!

Por las gradas sube Ignacio con  
toda su muerte a cuestras.  
Buscaba el amanecer,  
y el amanecer no era.  
Busca su perfil seguro,  
y el sueño lo desorienta.  
Buscaba su hermoso cuerpo  
y encontró su sangre abierta.  
¡No me digáis que la vea!  
No quiero sentir el chorro  
cada vez con menos fuerza;  
ese chorro que ilumina  
los tendidos y se vuelca  
sobre la pana y el cuero  
de muchedumbre sedienta.  
¡Quién me grita que me asome!  
¡No me digáis que la vea !

No se cerraron sus ojos  
cuando vio los cuernos cerca,  
pero las madres terribles  
levantaron la cabeza.

Y a través de las ganaderías,  
hubo un aire de voces secretas

que gritaban a toros celestes,  
mayorales de pálida niebla.

No hubo príncipe en Sevilla  
que comparársele pueda,  
ni espada como su espada,  
ni corazón tan de veras.  
Como un río de leones  
su maravillosa fuerza,  
y como un torso de mármol  
su dibujada prudencia.

Aire de Roma andaluza  
le doraba la cabeza  
donde su risa era un nardo  
de sal y de inteligencia.  
¡Qué gran torero en la plaza!  
¡Qué gran serrano en la sierra!  
¡Qué blando con las espigas!  
¡Qué duro con las espuelas!  
¡Qué tierno con el rocío!  
¡Qué deslumbrante en la feria!  
¡Qué tremendo con las últimas  
banderillas de tiniebla!

Pero ya duerme sin fin.  
Ya los musgos y la hierba  
abren con dedos seguros  
la flor de su calavera.  
Y su sangre ya viene cantando:  
cantando por marismas y praderas,  
resbalando por cuernos ateridos,  
vacilando sin alma por la niebla,  
tropezando con miles de pezuñas  
corno una larga, oscura, triste lengua,  
para formar un charco de agonía  
junto al Guadalquivir de las estrellas.

¡Oh blanco muro de España!  
¡Oh negro toro de pena!  
¡Oh sangre aura de Ignacio!  
¡Oh ruiseñor de sus venas  
No.

¡Que no quiero verla!  
Que no hay cáliz que la contenga,  
que no hay golondrinas que se la beban,  
no hay escarcha de luz que la enfríe,  
no hay canto ni diluvio de azucenas,  
no hay cristal que la cubra de plata.  
No.  
¡¡Yo no quiero verla!!

### 3. Cuerpo presente

La piedra es una frente donde los sueños gimen sin tener agua dulce ni cipreses helados.  
La piedra es una espalda para llevar al tiempo con árboles de lágrimas y cintas y planetas.

Yo he visto lluvias grises correr hacia las olas levantando sus tiernos brazos acribillados, para no ser cazadas por la piedra tendida que desata sus miembros sin emparar la sangre.

Porque la piedra coge simientes y nublados, esqueletos de alondras y lobos de penumbra; pero no da sonidos, ni cristales, ni fuego, sino plazas y plazas y otras plazas sin muros.

Ya esta sobre la piedra Ignacio el bien nacido. Ya se acabó; ¿qué pasa? Contemplad su figura: la muerte le ha cubierto de pálidos azufres y le ha puesto cabeza de oscuro minotauro.

Ya se acabó. La lluvia penetra por su boca. El aire como loco deja su pecho hundido, y el Amor, empapado con lágrimas de nieve, se calienta en la cumbre de las ganaderías.

¿Qué dicen? Un silencio con hedores reposa. Estamos con un cuerpo presente que se esfuma, con una forma clara que tuvo ruiseñores y la vemos llenarse de agujeros sin fondo.

¿Quién arruga el sudario? ¡No es verdad lo que dice!

Aquí no canta nadie, ni flora en el rincón, ni pica las espuelas, ni espanta la serpiente: aquí no quiero más que los ojos redondos para ver ese cuerpo sin posible descanso.

Yo quiero ver aquí los hombres de voz dura. Los que doman caballos y dominan los ríos: los hombres que les suena el esqueleto y cantan con una boca llena de sol y pedernales.

Aquí quiero yo verlos. Delante de la piedra. Delante de este cuerpo con las riendas quebradas. Yo quiero que me enseñen dónde está la salida para este capitán atado por la muerte.

Yo quiero que me enseñen un llanto como un río que tenga dulces nieblas y profundas orillas, para llevar el cuerpo de Ignacio y que se pierda sin escuchar el doble resuello de los toros.

Que se pierda en la plaza redonda de la luna que finge cuando niña doliente res inmóvil; que se pierda en la noche sin canto de los peces y en la maleza blanca del humo congelado.

No quiero que le tapen la cara con pañuelos para que se acostumbre con la muerte que lleva. Vete, Ignacio: No sientas el caliente bramido. Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el mar!

### 4. Alma ausente

No te conoce el toro ni la higuera, ni caballos ni hormigas de tu casa. No te conoce el niño ni la tarde porque te has muerto para siempre.

No te conoce el lomo de la piedra, ni el raso negro donde te destrozás. No te conoce tu recuerdo mudo porque te has muerto para siempre.

El otoño vendrá con caracolas, uva de niebla y montes agrupados, pero nadie querrá mirar tus ojos porque te has muerto para siempre.

Porque te has muerto para siempre, como todos los muertos de la Tierra, como todos los muertos que se olvidan en un montón de perros apagados.

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto. Yo canto para luego tu perfil y tu gracia. La madurez insigne de tu conocimiento. Tu apetencia de muerte y el gusto de su boca. La tristeza que tuvo tu valiente alegría.

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace, un andaluz tan claro, tan rico de aventura. Yo canto su elegancia con palabras que gimen y recuerdo una brisa triste por los olivos.